

*La historia de América contada por sus hombres. La configuración del indígena latinoamericano desde la perspectiva martiana en varios textos de La Edad de Oro*

---

The history of America told by its men. The configuration of the Latin American native from the Martian perspective in various texts of *La Edad de Oro*

**Dailet Naila Soriano García**

Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas, Cuba

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7852-511X>

Correo electrónico: [dasoriano@uclv.cu](mailto:dasoriano@uclv.cu)

**RESUMEN:** La literatura martiana de corte infantil ha sido estudiada a lo largo de los años por críticos cubanos, de América Latina y de numerosas regiones de ultramar. Este tipo de literatura cultivada por el Apóstol ofrece disímiles aristas para ser estudiada a cabalidad, sobre todo, desde una perspectiva reivindicativa del sujeto niño. Uno de los puntos que ofrece gran interés y que, sin embargo, no ha sido estudiado en toda su dimensión es la presentación del indígena en la obra literaria martiana dedicada a los niños. Es por tal motivo que se proyecta este artículo. Para llevar a buen término la investigación se ha erigido como objetivo fundamental realizar un análisis de los mecanismos literarios y filosóficos de los que se vale José Martí para presentar al indígena de América Latina como sujeto cultural. Se han tenido en cuenta, para poder cumplir este objetivo, los estudios realizados principalmente por el Centro de Estudios Martianos, por su actualización y pertinencia, además de artículos publicados relacionados con el sujeto en cuestión y su representación en la literatura y cultura latinoamericanas. Unido a esto se han seleccionado los cuentos de *La Edad de Oro* en los que mejor se encuentra representado el indígena, sus tradiciones y manifestaciones culturales. Con este estudio se pretende ubicar y caracterizar culturalmente al indígena latinoamericano dentro de la obra martiana.

**PALABRAS CLAVE:** sujeto indígena; José Martí; *La Edad de Oro*

**ABSTRACT:** Martí's literature for children has been studied over the years by critics from Cuba, Latin America and many overseas regions. This type of literature cultivated by the Apostle offers dissimilar edges to be fully studied, especially from a perspective of rein vindication for the child subject. One of the most interesting and yet less studied points, in all its dimensions, is the presentation of the native in Martí's literary work dedicated to children. For such reason this article is presented. In order to conduct the research successfully, our fundamental objective is to carry out an analysis of the literary and philosophical mechanisms that José Martí used to present the Latin America native as a cultural subject. To fulfill the aforementioned objective, the studies

conducted mainly by the Centro de Estudios Martianos have been taken into account due to their updating and relevance, as well as published articles related to the subject in question and its representation in Latin American literature and culture. Moreover, the stories from *La Edad de Oro* in which the native, and their traditions and cultural manifestations are best portrayed- have been selected. The aim of this study is to locate and culturally characterize the Latin American native within the work of Martí.

**KEYWORDS:** indigenous subject; José Martí; *La Edad de Oro*

### Consideraciones preliminares

Los estudios sobre la configuración del indígena americano en la literatura infantil martiana no abundan, más bien son bastante escasos. No se han encontrado trabajos de mayor envergadura que tengan este tema como el primordial. Es por ello que se hace necesaria una investigación en este sentido, que ahonde en las características principales de este tipo de sujeto, ya que, trabajar en esta dirección permite una apertura mayor a las interioridades de la obra literaria, adquiere un enfoque más amplio y abarcador en la medida en que consiente la exploración del máximo de sus capacidades, en su propia inserción en los ambientes. La observación del indígena como un sujeto cultural, que vaya más allá de una mera configuración antropológica, permite a las investigaciones en el campo literario una apertura mayor hacia las concepciones étnicas de la configuración de un sujeto social otrora y todavía marginado.

Varias son las investigaciones que se han realizado de la obra martiana, en especial de *La Edad de Oro* y la impronta que ha tenido en la comprensión de numerosos fenómenos de la América decimonónica. Martí le aporta a la literatura infantil todas y cada una de las funciones de la literatura, de manera general, desde su carácter didáctico hasta su función social, por solo citar dos de las seis fundamentales. Y es precisamente la función social de la obra martiana la que la hace portadora de todos los reconocimientos adquiridos a lo largo de los años que ha tenido el privilegio de ser apreciada por los estudiosos. De la significación moral que tiene la escritura y publicación del mensuario, escribe Martí a su amigo Manuel Mercado, fechada el 3 de agosto de 1889:

Es una empresa en que he consentido entrar, porque, mientras me llega la hora de morir en otra mayor, como deseo ardientemente, en esta puedo al menos, a la vez que ayudar al sustento con decoro, poner de manera que sea durable y útil todo lo que a pura sangre me ha ido madurando en el alma. (Martí, 1886: 146)

Es la revista mensual para Martí la práctica de toda su teoría acerca de la función de la literatura; pone en función de sus necesidades vitales sus satisfacciones intelectuales, a la vez que proyecta a Latinoamérica, desde los Estados Unidos los más atrevidos juicios concernientes a la vida, historia y cultura de los pueblos originarios del sur.

Los anuarios del *Centro de Estudios Martianos*, que superan la veintena, están conformados en favor de proyectar una visión integradora de la obra de Martí. En ellos se

atisban medulares concepciones acerca de las nociones políticas y literarias martianas. En estos trabajos los críticos hacen notar el enfoque unitario e indisoluble de la proyección de José Martí hacia el continente.

En sus diferentes números se han tratado varios aspectos relacionados con *La Edad de Oro*, aunque se ha podido notar que no con la fuerza necesaria para hacer un eco en las propuestas anuales. En este sentido destacan los artículos de José Hernández Pequeño «*La Edad de Oro. Reflexiones para una afirmación y una duda*» y de Gustavo Escobar Valenzuela «*Reflexiones sobre La Edad de Oro, de José Martí*». En ambos artículos se deja establecida la importancia de *La Edad de Oro* como literatura para niños, que desemboca como artífice en el proceso de formación infantil, la contención de todas sus doctrinas sobre la raza americana, la formación de una nacionalidad continental.

Durante la investigación solo se ha aceptado, como antecedente directo del proyecto en curso, el trabajo de Alberto Rodríguez Carucci *La imagen del indígena americano en dos textos de Martí* (1993). Refiere el teórico que los estudios sobre la obra martiana son abundantes, pero que existe un vacío en lo referente al tema del indio, como figura cultural, o sea, como sujeto. La visión del indio ha estado siempre subyugada a una visión latinoamericanista del orden de cosas, a una cosmovisión mayor, que aúna numerosos temas y puntos de vista en el que el indio es solo uno de ellos. De facto, declara como objetivo principal de su trabajo:

[...] combinar dos niveles de lectura que implican el reconocimiento de dos funciones distintas, pero complementarias en la revista infantil: una relativa a la construcción formal de la imagen del indígena americano; otra vinculada a la concepción antropológica, cultural, de Martí sobre los primeros habitantes de América y su presencia en la historia. (Rodríguez, 1993)

Hace notar Rodríguez Carucci que, aunque Martí se haya podido acercar al indianismo romántico, sobre todo por el sentimiento que lo ataba a América Latina y a las concepciones que del hombre de ella tenía, el autor cubano no debe ser inscrito en esta vertiente, en la que la objetividad es superada, en ocasiones, por su contraparte. Las observaciones martianas no han tenido como objetivo llegar a la rareza con que se ha mirado secularmente a los indios, ni a la conformación de un paisaje idílico de situaciones, ni a la cosificación u ornamentación del indígena sino lograr una representación fehaciente, consultiva y fidedigna de las condiciones de vida de los indios americanos, de la cultura originaria, occidentalmente llamada precolombina. El examen minucioso de las diferentes características de los nativos, sus viviendas y actividades económicas, rituales (religiosas y culturales), así como una investigación de sus principales problemas y ansiedades como habitantes de una comunidad lo convierten en un cultivador de otra tendencia más apegada a los problemas culturales y sociales del indio, como fue el indigenismo (Rodríguez, 1993).

El principal autor del artículo destaca que otro autor, Antonio Sacoto en su libro *El indio en el ensayo de la América española* aduce que «Martí conforma [...] un cuerpo de doctrina sobre el proceso histórico del aborigen de nuestro Continente» (citado en Rodríguez, 1993). Rodríguez Carucci propone una metodología que un estudio de la obra martiana pudiera consentir, y de esta convincente forma lo aleja de las casi erradas concepciones que se manejan acerca de Martí como indianista romántico. Distanciándose el Maestro de esta última vertiente, formula:

- La reivindicación económica y social del sector indígena americano;
- la recuperación razonada en positivo de los diversos aportes aborígenes en favor de una integración cabal del proceso de la cultura Latinoamericana;
- una valoración antropológica no racista que permita reconocer y asumir al indígena como nuestro semejante;
- una perspectiva flexible, abierta a la diversidad de etnias que forman la tensa y compleja diversidad de nuestra América. (citado en Rodríguez, 1993)

Sin embargo, el artículo no logra abarcar en su totalidad el estudio de todas las obras contenidas en *La Edad de Oro*, como desde el título se advierte, y por su brevedad, permanece en cuestiones teóricas que, si bien le aportan al campo de la investigación martiana un valor indispensable, no le permite esta concisión, abarcar con profundidad todos los temas de las razas, la otredad y el indigenismo.

Se tienen en cuenta las ideas de la venezolana Elizabeth Sosa en un importante trabajo titulado *La otredad: Una visión del pensamiento latinoamericano contemporáneo*, solo nos interesa una parte de su trabajo, esta es de gran importancia para comprender asuntos medulares como la visión del hombre latinoamericano como sujeto de la periferia. Será de gran importancia atender a las ideas del brasileño Marco Chandía Araya en su ensayo *Martí: nación, sujeto e identidad en una relectura de Nuestra América*, del cual también se mantendrán presentes en el transcurso del estudio las concepciones teóricas que lideran su examen de la obra martiana.

Una vez abordada la investigación literaria que le precede a la que se pretende realizar se presenta como una interrogante apremiante: ¿Cómo se establece la modelación del Sujeto indígena en *La Edad de Oro* de José Martí? Es por esta razón que para dar respuesta a la pregunta se pretende realizar un análisis de los mecanismos de los que se vale José Martí para presentar al indio de Latinoamérica como sujeto cultural.

Se toman como muestra los artículos de *La Edad de Oro*: «Un juego nuevo y otros viejos», «La historia del hombre, contada por sus casas», «Las ruinas indias», «La exposición de París» y «El Padre las Casas», por la riqueza de información que ofrece acerca de los sujetos indígenas, sus culturas y sus medios de vida; además se advierte en la escritura martiana una aprehensión de este sujeto como ente cultural y aportador de nuevas concepciones y proyectos de hombre americano.

## **El sujeto indígena. Manifestación desde los estudios literarios**

El sujeto y su configuración constituyen una de las aristas medulares para la comprensión total de la obra literaria, el desdoblamiento de la figura autoral en su afán de figurar una representación, que la mayoría de las veces responde a una corriente de pensamiento, y la mediación que se establece entre este último y la figura lectora, en un universo literario, creado a merced de entelequias subjetivas. El trabajo de configuración del sujeto, supone algo más que la invención de personajes de papel.

En su artículo *La implicación del sujeto en la literatura*, Alejandro Montes de Oca,<sup>1</sup> propone lo siguiente con respecto a la representación del sujeto como factor impensable sin la subjetividad:

Partiendo de que es en la literatura donde el lenguaje llega a sus límites y recorre sus confines, [...] es que el sujeto surgirá en el tiempo de la narración literaria. Así, a la subjetividad habrá que entenderla como construcción y no como algo dado de antemano, habrá que pensarla, como efecto del acto comportado por la escritura literaria. (Montes de Oca, 2002)

Montes de Oca aduce que la subjetividad es también un acto de creación, sobre todo la abocada a la literatura. Constituye un problema conceptual pensar en la subjetividad como fenómeno de la inconsciencia, ya que, por transitividad, concluiríamos que la literatura es producto de este estado de la mente y se incurriría entonces en un error implacable. El momento del acto narrativo constituye un bosquejo de las singulares formas de la escritura, el uso peculiar del lenguaje en función de una meta propuesta, y en donde este último recorre impensables caminos en busca de su autenticidad para la creación de ambientes, previamente articulados e imaginados por el *puppeteer* de la obra literaria, este que articula todos los hilos de su mundo imaginado de papel.

La construcción de los sujetos constituye una mediación del creador con el lenguaje, el uso pleno de todas las facultades que proporciona su idioma, el dejar las puertas abiertas para todo juego de semas en un universo mayor que es el relato. Ya hace notar Julia Kristeva cuando propone el momento de la construcción del sujeto como una «intermediación discursiva entre el sujeto de la enunciación y el sujeto de la lectura [...] y, a la vez, sujeto y agente del acontecer novelesco» (citado en González, 2008). De lo que la Kristeva certeramente apunta se aprueba que la comprensión de todo este entramado constituido por los sujetos y los ambientes en general, requiere de «la adquisición de determinadas capacidades», «cierta actitud» (: 203-204) de la que habla Thiebaut, ese será, precisamente, «el lugar de la construcción de la subjetividad» (: 186).

---

<sup>1</sup>Alejandro Montes de Oca: Profesor-investigador. Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

Por su parte Isabel Jáidar, en su ensayo «Por los senderos de la subjetividad», perteneciente a un proyecto mayor titulado *Tras las huellas de la subjetividad*, provoca, exponiendo que «[...] la subjetividad constituye nuestro yo más singular, construye las redes simbólicas que nos ponen en comunicación y nos integran a lo social, a lo otro» (1998: 44). Es por ello que la literatura se convierte en un momento de búsqueda, tanto para el que la crea como para el que la requiere, la consume. Entiéndase *lo otro* que propone Isabel Jáidar como las configuraciones posibles que se pueden establecer del Sujeto, en el que el hombre que no es de papel puede verse aludido gracias al cierto carácter mimético de estos mundos posibles. Dichos hombres y mujeres entienden estos sujetos del subconsciente como traspolaciones subjetivas de elementos que le conciernen, le son conocidos, y los unen en lo social, como tempranamente se apuntara en la cita de Jáidar. No será menos cierto, entonces, que el sujeto es el *locus* donde toma lugar la representación, como quiere hacer notar Renato Descartes, mientras que Kant y su fenomenología lo ven como «una estructura formal de la que deriva una realidad exterior» (Landa, 2005). Estos teóricos, desde Descartes, hasta los contemporáneos, ven al Sujeto como el elemento propicio para dotarlo de todas las facultades, resultado de sus operaciones espontáneas.

La construcción del sujeto otorga a todas las demás entidades literarias concreción, secuencia lógica, imbricación de temas, relaciones coherentes. En este sentido, realizando un análisis de las lecturas de Paul Ricoeur, la autora Alicia Montes interpreta acerca de la subjetividad y de las ideas del filósofo francés: «Una de las funciones de la trama narrativa es dar unidad a lo heterogéneo al crear, a través de sus estrategias, el efecto de permanencia ininterrumpida en el tiempo de un mismo sujeto, único modo de conjurar el peligro del cambio y la diferencia, propios de la existencia» (Montes de Oca, 2010).

Se infiere de esta forma que el sujeto se configura a partir de su relación con la sociedad. Las relaciones del sujeto con otros sujetos o situaciones es lo que verificará la existencia real en la creación de una entidad que se mueve por diferentes espacios (reales o mentales) a través del tiempo, y que como se señalaba anteriormente, va engranando la secuencia. Estas relaciones van perfilando las características primordiales del Sujeto en consonancia con el medio en el que se desarrolla, que puede serle hostil o no, pero que, a pesar de cualquier característica del mismo, siempre le aportará los acervos necesarios para moldear sus actitudes y sus intereses.

### **El indígena en el continente latinoamericano. Defensores y detractores de la figura del indio como sujeto cultural**

La literatura sobre el indio y, por tanto, la definición sobre el mismo, nació en América casi a la par de la Conquista. Entre los variados cronistas de la época se manifestaron diferentes versiones de lo nuevo encontrado en las tierras de ultramar. Desde lo literario con el Inca Garcilaso de la Vega, a lo antropológico con Sahagún, pasando por el carácter

humanista y religioso del fray Bartolomé de Las Casas se van realizando los primeros apuntes sobre una concepción que intentará rodear el continente en los siglos venideros, por el carácter identitario y de formación nacional que propone. Escritores mestizos, algunos todavía indígenas contaron la historia desde la visión de los vencidos y le otorgaron al suceso el otro ángulo del que carecía. El caso de Garcilaso de la Vega, Guamán Poma de Ayala, Fernando de Alva Ixtlilóchitl, Fernando Alvarado Tezozómoc, son algunos de los intelectuales que le aportan una voz a la experiencia indígena, cuentan entonces la historia desde la voz de los conquistados o los asimiladores.

Las primeras revisiones, como se advierte, fueron hechas por españoles o mestizos, quienes tuvieron la oportunidad de universalizar de una forma mucho más rápida los conceptos sobre sus nuevos «descubrimientos». En su artículo «La narrativa sobre el indígena en América Latina», Carmen Alemany Bay logra hacer un certero recorrido por estas posturas europeas acerca del indígena, y por medio de una pesquisa, aún a varios pensadores y precursores, aunque advierte que no deja de ser la imagen del indio, idealizada, mitificada. Logra entender que la cosmovisión del indio se haya subvalorada y que no encuentra muestras en las discusiones de estos pensadores. Advierte la investigadora que:

Desde Europa, y a partir del Renacimiento, algunos pensadores y escritores fomentaron en sus escritos nuevas formas de acercamiento que supusieron [...] otra forma de visualizar al indígena. Nos referimos a Michel de Montaigne, al ilustrado Voltaire, o [...] Jean-Jacques Rousseau; en cuanto a lo literario, [...] Jean-François Marmontel con *Les incas* (1777), y [...] François-René de Chateaubriand, con sus novelas *Atalá* (1801) y *René* (1802). [...] tomando como referencia la tradición renacentista del concepto de las utopías, se promovió una visión exótica e idealizada del indio, por tanto un falseamiento de la situación real. Si bien la situación del indígena se erigía en foco narrativo, se prescindía de condicionamientos esenciales como su pensamiento y su visión del mundo que finalmente se integrarían tras el paso de los siglos y de varias transformaciones de índole narrativa. (Alemany Bay, 2013)

Con la independencia en el siglo XIX, estos conceptos van tomando un carácter nacional y van experimentando una transformación compatible con el sentir de los oriundos del continente.

Los principales escritores latinoamericanos, que van sentando las bases de un sentimiento nacional y nacionalista, no dejan de reconocer en la cultura colonizadora una fuente de la que pueden nutrirse para su nueva empresa artística, aunque la ganancia de este arte se encuentra en la capacidad de arrebatarle el arma al conquistador y convertirla en suya para la defensa, el lenguaje.

La conceptualización literaria del indígena se hace infructuosa si no se tiene en cuenta el elemento sociocultural del propio concepto. Para entender a cabalidad el impacto de la literatura indigenista y de los procesos literarios del siglo XIX se hace necesario tener en

cuenta, algunos de los condicionamientos sociales del período que van perfilando al indio como sujeto.

Una vez independizado el continente, en su parcialidad, se comienzan a elaborar proyectos de apropiación, que intentarán reivindicar al indio como sujeto nacional e identificable como fiable representación cultural. La modernización de algunas zonas del continente llevó al fundamento de las nuevas concepciones del indio, en contraposición con otras ideas emergentes, en el cono sur, sobre todo en la Argentina de Sarmiento, a las que se hará referencia con posterioridad. Los gobernantes del Perú, México, Centroamérica, en su mayoría, proporcionaron una nueva visión, desde sus políticas gubernamentales, hacia el tratamiento del tema nacional.<sup>2</sup>

A partir de esta situación, como suele suceder en las épocas de revueltas políticas, la literatura asume el papel rector en la configuración y defensa de los principales presupuestos por los que se rige la nueva oleada de protección y defensa hacia la figura del indio. Es a finales del siglo XIX, y con una extensión hacia mediados del siglo XX que surge el indigenismo como tendencia escritural. Esta corriente literaria logra tener gran fuerza en América y se hace eco de las principales luchas por la reivindicación de un sector mayoritario de la población, menguado por las minorías. La mayor producción literaria se da en las regiones de Centroamérica y las de fuerte influencia y pervivencia india. Varios son los ejemplos que menciona la Alemany Bay en su artículo. Persuade cuando menciona a autores como:

[...] el boliviano Alcides Arguedas, con *Raza de bronce* (1919), o el ecuatoriano Jorge Icaza con *Huasipungo* (1934), se atuvieron brillantemente a las nuevas directrices. También Ventura García Calderón [...], ofrecerá una imagen del indio —aún próxima al indianismo— en su libro de cuentos *La venganza del cóndor* (1924). Por su parte, Enrique López Albújar, [...] denunciará en sus *Cuentos andinos* (1920) y, posteriormente, en sus *Nuevos cuentos andino* (1937), la inexistencia de leyes en algunas regiones del país andino y las consecuencias que esta deficiencia provocaba en la integración de los indígenas peruanos. Sin embargo, sus numerosos prejuicios raciales y religiosos, en

---

<sup>2</sup>Alemany Bay hace notar con prontitud la influencia de gobernantes americanos en la reivindicación del indio. Menciona que «desde Perú, Manuel González Prada propugnará la modernización de su país con proyectos claramente regeneracionistas que tenían como propósito la búsqueda de la identificación del ser nacional bajo los presupuestos del anticlericalismo, el indigenismo y el anarquismo, y la solución para el indígena pasaba por la liberación de la servidumbre y del gamonalismo. Desde México, el gobierno de Álvaro Obregón apostó, [...] mostrar el verdadero rostro de su patria: un país indígena, atrapado por las desigualdades y ligado a tradiciones ancestrales. Durante el gobierno de Obregón, José Vasconcelos, [...] se empeñó en contribuir a que las masas se liberasen de la ignorancia y de la pobreza, defendiendo la integración del indígena; [...] abogó por la socialización de la riqueza y proclamó el advenimiento de una nueva era en la historia de la humanidad cuyo protagonismo correspondería a una Hispanoamérica liberada de las limitaciones del extranjerizante siglo XIX» (2013).

parte fruto de su época, darán como resultado una visión superficial en la que los personajes indígenas serán ficcionalizados desde un prisma cargado de negatividad: seres maliciosos, holgazanes e indolentes. (Alemani Bay, 2013)

Aunque se evidencia la aprehensión de los temas, los modos de vida, y las culturas indias, como hace notar la autora, todavía en el siglo XX existen rezagados prejuicios acerca de la existencia indígena, su inclusión como una clase fuerte, predominante en América, y el reconocimiento de su importante papel en el devenir del Continente, desde su formación.

En esta situación juega un papel importante la persecución que se establece en la Argentina de Sarmiento a los pobladores indígenas de las zonas rurales del cono sur. El proyecto de Sarmiento dista mucho de la visión integradora de los gobernantes centroamericanos, que como se señalaba anteriormente, proponía un modo de lucha mediante la resistencia cultural frente a la enajenación europeizante. Por su parte, el presidente argentino se vale de su poder para emprender una campaña de exterminio masivo de estos entes culturales, y la «blanqueación» de la Pampa. Desde la aparición de *Facundo* en 1854 en la treintena de su vida, hasta la publicación en sus siete décadas de *Conflictos y Armonías de razas* se evidencia la poca evolución de su pensamiento, aun cuando se encontraba en evidente disonancia con las nuevas perspectivas del mundo americano de finales del siglo XIX.

Otra estudiosa, Mónica Sacarano, acerca de las ideas expuestas en *Facundo*, argumenta:

Desde la perspectiva filosófica del iluminismo, Sarmiento desarrolla la idea de una cultura equiparada lingüística e ideológicamente al concepto de «civilización» en la acepción universal que esta admite, en función del concepto racional y abstracto de «progreso» como ley universal del espíritu humano. [...] Sarmiento toma partido por el primer término de la disyuntiva – «civilización» – y condena a la desaparición – por extinción o absorción – al otro término. (Scarano, 1991)

La antinomia civilización-barbarie, que queda explícita desde los primeros instantes de *Facundo*, muestra de forma bien clara las verdaderas intenciones y conceptos «culturales» de Sarmiento. Para el gobernante la civilización va aparejada al nuevo pensamiento, a la iluminación de las ideas, mientras que la barbarie está matizada por el efecto de lo indígena en lo americano, la ignorancia, el analfabetismo, trilogía que se establece para crear un mayor desprecio hacia esta raza, que hasta el momento no había tenido gran aceptación en las mentes del continente. Como establece la autora del artículo, la idea fundamental de Sarmiento para lograr la civilización del continente es, precisamente el exterminio de toda posible expresión indígena, lo originario aparejado a estas culturas.

El pensamiento positivista permeará gran parte de las ideas que se introducen en América a mediados del siglo XIX y, sin lugar a dudas, su implementación cobrará la mayor fuerza sobre las capas más desfavorecidas de la población. De esta corriente de

pensamiento se valdrá Sarmiento para encarar algunos de los postulados de la época que intentaban, en cierta medida, proteger a los indios. Para Sarmiento, el exterminio es un proceso por el que tiene que pasar la civilización para llegar a su estado último, deseado, la superioridad del hombre caucásico, la raza blanqueada de la Pampa constituye la imagen perfecta de su paraíso geográfico. Es evidente la perspectiva racista de las ideas de Sarmiento, en tanto que se refieren a la imposibilidad de lograr la civilización americana si quedan los rezagos de una barbarie indígena que, incluso, ni la colonización española pudo controlar. Domingo Faustino Sarmiento, propuso desde su perspectiva «americana», la conformación de una cultura continental, pero bastante alejada de las concepciones inclusivas, formadoras, originarias, de la conformación de razas del continente. Su aversión a todo lo indígena constituyó el freno fundamental de todas sus posiciones. En su estatus de político, doctrinario de su época, intentó dar una explicación a los ya neoclásicos intentos de otorgarle una teoría de la identidad al continente, pero claramente, desde su posición de otro (americano) olvidó el sí mismo (americano). Su total desprecio al indio iba más allá de los límites fronterizos, pues resulta peculiar su descrédito a la raza americana y su aceptación al negro, tan ultrajado y humillado con el paso de los siglos. El negro para Sarmiento es más alegre y entusiasta, como para Hegel más dispuestas a la cultura europea. Sobre uno y otro opina Hegel: «*the negro es are far more susceptible of European culture than Indians*» (citado en Garrels, 1997) y Sarmiento que el: «negro de África central no es en todo respecto tan salvaje como el indio de América» (citado en Garrels, 1997). Aunque se intente imponer una raza sobre otra, en un afán de comparación o desestimación de la figura de los indios, se hace evidente que el fin primero de los dos pensadores, de países en extremo alejados, es la absorción de América y todo lo que a periferia suene, por Europa; tanto el argentino como el alemán sondan la susceptibilidad y el carácter con que han asumido las regiones de África y América las culturas europeas, sin detenerse a pensar el carácter bárbaro de su imposición.

Es justamente el indígena americano un sujeto movido por las concepciones que tiene del mundo, pero, son aún más fuertes, las ideas que el mundo exterior, ajeno e inhóspito dentro de su propia tierra, le ha infundado. El indio de nuestras tierras ha tenido que sufrir la impostación de numerosas características foráneas, adaptarse y convivir con ellas. La verdadera valía de la lucha de los hombres de América ha sido la conformación de una identidad propia a partir del sentimiento de lucha y resistencia ante la injerencia de la colonización. En esta tarea la actuación de la intelectualidad ha sido determinante, en tanto que ha sabido manifestar en su quehacer los fundamentos esenciales de la conformación de la cultura latinoamericana como baluarte de intransigencia ante la europea que, si en el siglo XIX no se puede hablar de globalización, al menos, pasos de infante va dando.

La idea de lo no europeo, que posteriormente se llamaría la periferia, va adquiriendo un matiz no ya peyorativo para los intelectuales de la región, sino que, va entroncando con las nuevas ideas de la independencia cultural. Las luchas tempranas, la independencia

prematura de algunas regiones del Caribe, la ascensión de generales que se convierten en paradigmas de la lucha y del pensamiento latinoamericano van colorando las concepciones ideológicas de los hombres del poder cultural en América.

El hombre latinoamericano, sometido a todo tipo de vejaciones, ha desarrollado un pensamiento firme ante el olvido de sus raíces. Con permitida obstinación se ha valido de todos los recursos posibles para dejar afianzadas sus doctrinas, sus deidades, sus ritos, en fin, su cultura; aunque siempre se ha reconocido como otro, o lo han reconocido como tal.

Dentro del pensamiento más avanzado de la región, que sea dedicado a proteger la figura del indio, movido por doctrinas filosóficas foráneas, pero perfectamente contextualizadas en el continente, se encuentran las ideas del peruano José Carlos Mariátegui, que con una postura socialista ante el fenómeno se ha consagrado a representar y reivindicar al indígena. Hay quienes critican esta excesiva defensa y discuten su «exclusivismo indio» (Beigel, 2001), pero sin lugar a dudas desarrolla un pensamiento movido por las más fuertes doctrinas identitarias y de reafirmación cultural. Aunque no concomita con el período vital de Sarmiento, se ha hecho necesario acudir a estas ideas para una conformación del indio como sujeto literario latinoamericano, puesto que Mariátegui se desempeña como el aglutinador de toda una teoría latinoamericanista de interpelación indígena.

La dimensión cultural del indígena, para Mariátegui, radica en su incorporación en la vida social, la experiencia que se podía extraer de su legado incaico, el pasado cultural, la riqueza nacional expresada en esos remanentes de grandes construcciones y prácticas vitales. Para una certera representación cultural del indio, y con ello entiéndase literaria, el peruano se mueve en dos dimensiones para lograr la conformación de esta figura. Para ello tiene en cuenta su proyección social, la visión exterior y su proyección cultural, a la que se hacía referencia anteriormente. Esta idea de la proyección social no es más que un reflejo de la tendencia marxista de Mariátegui que, en suma, permea todo su pensamiento.

No se interprete esta devoción de Mariátegui por el estudio del indio como una nueva expresión del indianismo romántico, todo lo contrario; el peruano pretende con la vuelta al pasado y la recuperación del legado indígena la proyección indio-social que amerita las nuevas hordas intelectuales del continente.

Con la publicación de su revista *Amauta* —nótese el rescate del vocablo amerindio— logró hacer concreto su proyecto social, en el cual, además de otras secciones incorporó una específica destinada a denunciar las vejaciones a las que eran sometidos los indios. Véase cómo esta figura social va tomando protagonismo en los medios de comunicación, que, si bien el *Amauta* es uno de los iniciadores en este sentido, la renovación americana dio ingentes pasos para lograr la incorporación del indio como figura protagónica en el ámbito latinoamericano de la creación; no solo desde la figura modelada, sino de la que modela. Se recordará *ipso facto* a José María Arguedas con *Los ríos profundos*, en el que, magistralmente, logra esculpir una realidad indígena avocada sobre todo hacia las

relaciones sociales entre adolescentes. En esta novela se evidencia una notable construcción narrativa dirigida, sobre todo, hacia la presentación de una vida malograda en los productos literarios precedentes. Los dos peruanos lucharán infatigablemente para otorgarle al indigenismo un lugar meritorio en la palestra literaria continental.

Hace notar Fernanda Beigel acerca de la incansable obra de Mariátegui que:

Con su importante artículo «Nacionalismo y vanguardismo (en la ideología política)», publicado en *Mundial* en noviembre de 1925, Mariátegui exponía los resultados de una larga reflexión que venía efectuando desde que comenzara a recibir el impacto de la presencia de una «nueva generación» en el escenario político y cultural peruano. Advertía que detrás de este movimiento ocurría un intenso proceso de búsqueda de una identidad nacional peruana y festejaba que la reivindicación capital del «vanguardismo» fuera la reivindicación del indio. (Beigel, 2001)

Aunque la mayoría de los estudios de la obra de Mariátegui se centran en la proyección peruana de su pensamiento, indudablemente se evidencia el alcance latinoamericano de su labor. Ya desde estos artículos, así como de la sección en el *Amauta* titulada «El proceso del gamonalismo», dedicada a denunciar el ultraje a los indios, se hace factible el matiz político de su tarea. Desde edades tempranas de la literatura latinoamericana, aun cuando algunos de sus escritores no estaban totalmente concientizados acerca del problema nacional de la independencia cultural, se evidencian en los principales exponentes literarios un afán de lograr la identidad cultural del continente. Algunos acuden a la idea de la imbricación de todas las culturas que bañan el acervo de la región, otros, como Mariátegui, no se desligan de la influencia de los estudios europeos, pero hace notar la importancia de la vuelta al pasado nacional, indígena, a las culturas originarias. Tiene gran significación para el intelectual peruano la tradición cultural, legada por la cultura incaica, y su estudio no necesita llegar al tradicionalismo, que se convierte en la difusión ortodoxa del conocimiento y en el «conjunto de reliquias inertes y símbolos extintos» (citado en Beigel, 2001). La realidad indígena debe estar ligada al estudio de sus tradiciones, así como la incorporación de las mismas al presente nacional, para de esta forma ir conformando esa identidad americana que tanto se ansía en este período. En esta premisa radica el ismo de la vanguardia de Mariátegui, en la revolución que establece la idea de desatarse de las cadenas del colonialismo y convocar como directriz del pensamiento los paradigmas distintivos de la evolución del continente en su cultura. Con respecto a la tradición y su impacto en las tierras americanas alega Mariátegui:

La tradición, en tanto, se caracteriza precisamente por su resistencia a dejarse aprehender en una fórmula hermética. Como resultado de una serie de experiencias — esto es de sucesivas transformaciones de la realidad bajo la acción de un ideal que la supera consultándola y la modela obedeciéndola —, la tradición es heterogénea y contradictoria en sus componentes. Para reducirla a un concepto único, es preciso

contentarse con su esencia, renunciando a sus diversas cristalizaciones. (citado en Beigel, 2001)

En esta idea de Mariátegui se fusionan los elementos necesarios para lograr el maridaje entre revolución y tradición. Se deshace del hermetismo que presupone, en ocasiones, el estudio de estas culturas originarias, la visión unilateral con que se abordan los temas esenciales, ya que «fuera de la tradición —y de la historia— no estaba sino la utopía». (citado en Beigel, 2001)

La realidad ha evolucionado y supera al pasado cuando es capaz de examinarlo, respetando su impacto en las nuevas prácticas contextuales. El indigenismo para Mariátegui consistía en observar y estudiar al indio como el más fiel signo del sistema nacional y su evolución, la huella viviente de siglos de historia. La premisa de toda la obra de Mariátegui descansa en estas ideas. Rompía con la idea de que el desarrollo de la región comenzaba con la colonización, sin tener en cuenta los grandes aportes de las grandes civilizaciones indígenas. «Para Mariátegui, el ‘vanguardismo indigenista’ propugnaba una ‘reconstrucción peruana sobre la base del indio’, en función de una nueva evaluación del pasado» (Mariátegui, 2001). Su proyecto político y social está encaminado al rescate de las tradiciones, para, de esta forma, fraguar una literatura rebelde, adecuada a los cambios que merece el nuevo indígena latinoamericano.

### **La obra martiana como defensora de las raíces indígenas de América Latina**

No solo en su labor política direcciona Martí su discurso al realce del indio por su importancia en la realidad americana. Su impronta literaria está marcada por el enjuiciamiento certero de las verdaderas contrariedades sufridas por el indígena de América, que lejos de tener la relevancia merecida por la autoctonía de su figura, ha soportado los embates de un racismo eurocentrista y urbano-americanizado (si se permite el término).

Sus reseñas culturales también están encaminadas a otorgarle notoriedad a esta figura latinoamericana que tanto ha aportado a la conformación de una identidad continental. La peculiaridad de la obra martiana consiste en la selección de variados temas acerca de la vida de los indios, los que aprovecha para, en ocasiones de manera solapada, en otras directamente, exponer los rasgos esenciales que consolidan al indio como la raza redentora de América Latina.

Algunos de sus artículos toman la dirección de la reseña y crítica literarias, así como la descripción minuciosa de diferentes elementos que conciernen a la propia vida de los habitantes de las zonas milenarias del continente. Destácanse, «Poesía dramática americana», «El Popol Vuh de los quichés» y «Guatemala, la tierra del quetzal» que, si bien no referencian, de forma directa, al indio como sujeto, sí destaca la ingente labor de José Martí por el rescate de las tradiciones culturales. En ellos realza las principales características de la estética literaria aborígen, los diferentes derroteros que toman para su

constitución como fuente de riqueza cultural y la absorción de los principales conocimientos de la naturaleza para la sobrevivencia.

En el artículo «Arte aborigen» insiste Martí en la valía del indio para movilizar la masa continental, su fuerza y capacidad de resistencia. Nota tempranamente que:

El indio, que en la América del Norte desaparece, anonadado bajo la fuerte presión blanca o diluido en la raza invasora, en la América del Centro y del Sur es un factor constante, en cuyo beneficio se hace poco, con el cual no se ha querido calcular aún, y sin el cual no podrá, en algunos países al menos, hacerse nada. O se hace andar al indio, o su peso impedirá la marcha. (Martí, 1991)

Es imprescindible que se tenga en cuenta el peso social de una figura como el indio para hacer prevalecer la cultura de nuestra América. Como en otros textos Martí establece un paralelismo entre los modos de vida del indio americano con el de los norteamericanos. No es su intención disminuir como raza al indio de América del Norte, ni acusarlos de débiles o cobardes por dejarse arrebatar sus riquezas, sino que se empeña en acusar la crueldad de los colonizadores, cuestión que le sirve de relieve para demostrar la intransigencia social y cultural de sus homólogos sureños. El indio americano, aunque subyugado y no silenciado, ha permanecido en su contexto como fibra de tenacidad, obstinado a no desaparecer como certificación tangible de la cultura, la idiosincrasia y su condición de personaje de referencia obligatoria para definir la identidad del continente.

Encuentra el estudioso en la disposición de los indios hacia la ornamentación, el vestir, en el esmalte de la expresión, una conducta hacia la sobriedad, que no deja de ser colorida, pero coherente en tanto que se encuentra acorde a las demandas de la naturaleza que le rodea. Se rodea el indio de los elementos combinatorios con el paisaje, rehúsa entonces de los contrastivos, o sea, de los implementos que poco ofrezcan a su identificación como seres propios de su espacio. Es meticuloso, detallista, concienzudo. Asimismo, son las armas que construyen para el combate; constituyen una extensión de su personalidad, una proyección de sus métodos expresivos:

El *tomahawk* es como el indio: esbelto, aquilino, terrible, diestro. Siempre hubo semejanzas entre los hombres y las armas que usan. El burdo bretón gastaba brutal maza. El indio, delgado y veloz, la flecha rápida y aguda, el *tomahawk* de mango fino y elegante y de hierro largo y estrecho, encorvado en el filo como el pico del águila. (Martí, 1991)

Se observa cómo en este fragmento recurre a la comparación con el interés de exaltar la capacidad de los indios para imbricar cultura y defensa. No por constituir instrumentos para el combate pierden la marca que los identifica como americano. Nótese cómo la adjetivación marca la notable preferencia por la cultura continental. La contraposición de burdo y cualquiera de los adjetivos empleados para referirse al indio, deja establecida la ideología martiana, y la distinción por el hombre americano.

La tendencia a lo bello, lo sublime, lo natural, lo originario son algunas de las características indígenas que hace notar Martí en su discurso literario; la pasión por la ornamentación, la similitud con los elementos de la naturaleza circundante, la vestimenta completamente acorde a las características medioambientales, la justa medida de las cosas.

También destaca y establece la diferenciación entre el hombre y la mujer indios, al menos su representación en las esculturas y pinturas históricas. Comenta que:

En la figura de la mujer, todo lloraba; los ojos entrecerrados, las mejillas plegadas, las trenzas desechas en la espalda seca, los senos candentes. En la del hombre, reclinado, figura que adornó acaso un sepulcro, se veía la afable sonrisa de un espíritu que se exhala satisfecho, y el reposo aún tibio de la muerte nueva. (Martí, 1991)

Existe una disimilitud entre las conductas humanas de los dos géneros: la mujer triste, el hombre sonriente. Aunque aprovecha para denotar algunas características físicas distinguibles en la fisonomía india y que representan con fidelidad estos escultores nativos. La mayor parte del artículo lo dedica, además de comparar la vida del indio americano con la de otros sujetos foráneos, a distinguir entre representación masculina y femenina.

La religión forma un acápite importante en la disertación martiana. Se vale de los elementos expuestos en las representaciones aborígenes para definir un modo de vida, de adoración y de los perfiles con los que se distinguen. Además, reluce su admiración por la capacidad de los indios de enfrentarse al dolor y ridiculizar al opresor. El hombre blanco, como lo llama, y como también lo ven los indígenas de las tierras de América, queda burlado en la estética primitiva, en la cultura de resistencia permanecen las huellas de los hechos dolorosos de un pasado de irrupción y desgarre. Sin embargo, encuentra el indio, el modo de resarcirse, de sobrellevar esta situación de desgarre humano. El Dios del indio provoca entretenimiento, como es la intención de todos los pueblos nativos que promulgan el modo pacífico de vida, sin por ello perder el respeto por lo sagrado. Pintado con bigotes, como señala Martí, provoca la risa del que lo aprecia y el efecto de aprehensión, entendimiento y tolerancia por quien lo admire.

La precaria situación de América y con ella la del indio, son elementos rectores en el discurso estético martiano. La preocupación por esta estampa de lo que verdaderamente se considera americano funciona como el rector de todo su pensamiento. La independencia, el fin del coloniaje y la explotación, constituyen sombras que entorpecen el camino de América hacia la total libertad. Sobre el pasado americano denota Martí que «eran nuestros abuelos unos hombres de tez cobriza y alma noble y buena, cuando llegaron los conquistadores» (Martí, 1991). Reconoce el devenir del indio americano marcado por la fatalidad, pero a la vez, advierte su identificación con los símbolos del continente y la necesidad de una independencia inmediata. El indio «como el quetzal, al enjaularlo, muere en la jaula, de dolor y pena». (Martí, 1991)

Su obra de teatro *Patria y libertad* constituye una muestra fehaciente de lo que significa para Martí el sufrimiento del indio americano. Con su personaje, precisamente denominado Indio, logra reivindicar a esta figura, y le otorga una voz enérgica, consciente de los desmanes sufridos a lo largo de los siglos de explotación, a la vez que incorpora personajes tipos de la sociedad española, emigrados ahora al espacio latinoamericano, y que representan el despotismo y la maldad humana.

Los diferentes personajes son una muestra de este juego de comparaciones al que acude Martí para, con este recurso, hacer valer los principales principios y la proyección humana de los indios de América. No solo lo contraponen a la figura del español, cacique y explotador, sino a la de estos personajes que, siendo explotados como bestias, todavía le rinden al jefe español, y *el cuero besa*.

*Patria y libertad* o *Drama indio* es una obra corta, pero que recoge la incesante labor de Martí por expresar las penurias, y el arraigo del indio por su tierra, el odio a la usurpación española, los *cuatrocientos años de vergüenza*. Además, logra reconocer una masa, que la denomina Pueblo, y que se identifica con los pesares de este personaje que, sin lugar a dudas, es la representación de otra masa, maltratada y ofendida, y cuenta de esto hace Martí. No se desliga el Apóstol de los principales conceptos que rigen su doctrina de vida y es la patria como el ente que aúna todos los entresijos de la conformación de una identificación continental con los elementos y símbolos autóctonos que la consagran, la unifican, la renuevan en la tradición, que no puede estar desligada de la independencia.

### **La Edad de Oro como refugio literario para el sujeto indígena del continente latinoamericano**

Perceptivamente, no tiene intención Martí en *La Edad de Oro*, de mostrar una visión *romanticoides* del indio americano, ni de inventarle o impostarle a fuerza determinadas características que lo hagan poseedor de una magnificencia que no le corresponda. Por el contrario, presenta una cultura milenaria y a la vez naciente, por los influjos europeos; un universo de hombres que han formado una nación de tradiciones arquitectónicas, de natural sabiduría y conocimiento de las plazas sitiadas de su historia. No por ello se deja de advertir una posición privilegiada de este sujeto en la escritura martiana, cuestión que responde a la intención de hacer frente a la injerencia europea en los asuntos de la educación de los niños de América, y muestra así un lado poco conocido de una historia tan cercana.

Son variadas las formas en que se apresta a escribir del deferente, a describirlo de acuerdo a sus costumbres, modos de vida. En algunas ocasiones se hace bien transparente la descripción, la intencionalidad tiene marcas específicas; en otras se logra inferir por la contraposición que establece con otras figuras del ámbito social contemporáneo que funcionan como la contraparte de este indio americano; o también, presentando algunas

características de sus construcciones, o modos de enfrentar la realidad que van perfilando el carácter y la conducta de estos sujetos.

Rompe la inercia y marasmo, el escepticismo y la aversión hacia la autoctonía americana otrora establecidos, incluso por gobernantes como el repudiable Sarmiento, de quien Martí, para algunos autores constituye la antípoda más ferviente de Latinoamérica.

Se advierte en uno de los pasajes de «La historia del hombre contada por sus casas», cómo se va presentando al indio en la medida en que se hace una descripción constructiva de cada uno de los elementos de sus casas. El caso que se presenta corresponde a las habitaciones del hombre peruano, cuya personalidad va a rejuego con las decoraciones de su domicilio:

Cuando los hombres de Europa vivían en la edad de bronce ya hicieron casas mejores, aunque no tan labradas y perfectas como la de los peruanos y mexicanos de América, en quienes estuvieron siempre juntas las dos edades, porque siguieron trabajando con pedernal cuando ya tenían sus minas de oro, y sus templos con soles de oro como el cielo [...] La casa del indio peruano era de mampostería, y de dos pisos, con las ventanas muy en alto, y las puertas más anchas por debajo que por la cornisa, que solía ser de piedra tallada, de trabajo fino. (Martí, 1991a)

A la vez que introduce las características de las casas de los indios peruanos, también establece uno de los rasgos más importantes del sujeto latinoamericano, que es la incorporación de todas sus tradiciones y todo su acervo a la construcción de un bien común. No desecha lo aprendido, ni se deja llevar por las nuevas tendencias, en detrimento del pasado, sino que cada elemento lo incorpora en la nueva realidad, y forma un conglomerado de reliquias históricas y culturales que perviven con el paso de los años. El indio americano no conoce la opulencia, la imposición del jefe en menoscabo del pensamiento del trabajador común, del constructor de su vivienda, sino que todos adquieren los mismos conocimientos y los ponen en función del bienestar social y de la belleza del ambiente doméstico, en total consonancia con la hospitalidad de la naturaleza en la que vive. Algo parecido establece acerca de los indios mexicanos, quienes tienen una forma de vida, si no más llamativa, al menos más ornamental:

El mexicano no hacía su casa tan fuerte, sino más ornada, como en país donde hay mucho árboles y pájaros. En el techo había como escalones, donde ponían las figuras de sus santos, como ahora ponen muchos en los altares figuras de niños, y piernas y brazos de plata: adornaban las paredes con piedras labradas, y con fajas como de cuentas o de hilos trenzados, imitando las grecas y fimbrias que les bordaban sus mujeres en la túnicas: en las salas de adentro labraban las cabezas de las vigas, figurando sus dioses, sus animales o sus héroes, y por fuera ponían en las esquinas unas canales de curvas graciosas, como imitando plumas. De lejos brillaban las casas con el sol, como si fueran de plata. (Martí, 1991a: 359-360)

Como mismo quiere establecer una unificación latinoamericana teniendo al indio como figura indispensable en esta unión, también reconoce las diferencias culturales que entre ellos existen. Esto le permite incluso, mostrar disímiles rasgos de este personaje, a la vez que lo contrapone a otros de su «misma naturaleza», e indiscutiblemente aporta invaluables riquezas a la confección de este prototipo paradigmático. Al mismo tiempo que realiza una descripción minuciosa de los interiores de las casas, va determinando los semblantes de estas figuras, su adoración a la cultura formadora, a sus figuras religiosas como parte de ese contexto maravilloso que siempre ha caracterizado a América, y con maravilloso no nos referimos a la visión europeizante que de la cultura latinoamericana se tiene, sino a lo estupendo, a lo irrepetible, a lo admirable, que para el ser de América resulta real. En las casas mexicanas se puede ver el rescate de las prácticas ancestrales, de los ritos y las devociones, de los animales, y gracias a esta pervivencia de la memoria se tiene conocimiento actual de los rasgos autóctonos y formadores de su cultura.

No solo representa Martí en este pasaje la vida de los hombres y sus casas en México, sino que más adelante en «Las ruinas indias», vuelve a presentar el ambiente vital de los aztecas, la humildad de sus costumbres y la riqueza de su pensamiento. Relata los minutos antes de llegada de la colonización con Cortés. Se aprecia una ciudad paradisíaca, la comunidad como espacio de armonía y confluencia pacífica y el indio como el producto de estos años de civilización. Relata Martí:

Era como una mañana todo el día [...] y los alrededores sembrados de una gran arboleda. Por los canales andaban las canoas, tan veloces y diestras como si tuviesen entendimiento [...] En unas venían frutas, y en otras flores, y en otras jarros y tazas, y demás cosas de la alfarería. En los mercados hervía la gente, saludándose con amor, yendo de puesto en puesto, celebrando al rey o diciendo mal de él, curioseando y vendiendo. Las casas eran de adobe, que es el ladrillo sin cocer, o de calicanto si el dueño era rico. Y en su pirámide de cinco terrazas se levantaba por sobre toda la ciudad, con sus cuarenta templos menores a los pies, el templo magno de Huitzilopochtli, de ébano y jaspes, con mármol como nubes y con cedros de olor, sin apagar jamás, allá en el tope, las llamas sagradas de sus seiscientos braseros. (Martí, 1991b: 383)

Se patentan una irrepetible descripción del ambiente citadino de las zonas pobladas de México; la relación de concordia existente entre los hombres y la naturaleza circundante, su adaptación al medio y el aprovechamiento de los recursos con extrema mesura. Es laudatorio la impecable selección de imágenes que utiliza para delinear los elementos fundamentales de la vida de estos indios: la recolección de frutas, flores, su destreza en el arte de la alfarería como característica milenaria de las tribus americanas. La descripción que hace de las canoas no es más que una extensión de lo que considera que es la agudeza de pensamiento de los indígenas, la empatía entre las fuerzas productivas y los medios de producción, en suma, la relación hombre naturaleza y el aprovechamiento de sus recursos.

El indio sabe reconocer los mejores lugares para el asentamiento, examina las características del terreno y desecha las zonas que le pueden ser hostiles para la sobrevivencia. Explora como científico consagrado los principales resquicios de una zona que al ojo humano se le puede mostrar enemiga, sin embargo, la adapta para sí, la complementa y la completa. De esta forma: «en las altiplanicies de México y del Perú, en los valles altos y de buena tierra, fue donde tuvo sus mejores pueblos el indio americano» (Martí, 1991b: 362), declara Martí cuando previamente ha manifestado que el hombre europeo logró alcanzar la civilización de esta manera. Se asentó en lo más alto de los montes y en ellos comenzó a trabajar los metales, y a conocer de los prejuicios de la guerra y las catástrofes naturales. Sin embargo, para América retiene una expresión suave, sin enjuiciamientos; provoca con tenue expresión de conciliación, bonanza, demostración de la capacidad inherente del indio americano de construir su propia historia a través de sus propios medios.

Las relaciones sociales no escapan del ojo martiano, de las que tiene una palabra de afecto para decir, comenta la relación de amor y de igualdad entre los pobladores, aunque no deja de reconocer la división social, en cuanto nombra al rey, a los habitantes ricos que tenían la oportunidad de tener casas mejores. Una de las ideas fundamentales y rectoras de la colonización era precisamente civilizar al pueblo indígena, bajo algunos presupuestos que atañen a la jerarquización de la sociedad mediante clases sociales. Con este relato reniega Martí de la aparente anarquía y desorden social de los indígenas, en el reconocimiento de un rey y de otras figuras con un status social más elevado que otras. Mucho antes de la llegada de los españoles, existía en América un orden de jefatura, reglas y modos de vida adecuados a la realidad de una zona continental que proveía de los recursos necesarios para la supervivencia humana, sin la necesaria relación de amor y odio entre la civilización y la barbarie europeas.

Una cuestión harto conocida ha sido esta dicotomía civilización-barbarie en la historia de la cultura latinoamericana, dualidad establecida desde los cánones más europeizantes, pero que América se encargó desde muy temprano de revertirla y demostrar su carácter hegemónico y controlador. Durante el establecimiento de los españoles en la región se manifestaron opiniones diversas con respecto al modo de vida de los indios, al enjuiciamiento por los castigos, o a los sacrificios humanos en pos de la satisfacción de una deidad. Los españoles fueron incapaces de comprender los rasgos de una cultura diferente a la suya; juzgaron a los indios y los catalogaron de bárbaros, incivilizados, por el carácter religioso de sus prácticas, y la asunción del sacrificio como expresión de dádiva. En «Las ruinas indias» Martí relaciona también estas prácticas y en un afán de contraposición, logra presentar, de una misma moneda, dos caras constantemente en pugna. Con facilidad representa el signo dignificante de las prácticas rituales indígenas a la vez que la intención sádica de las quemas españolas. Es este un instante del relato que vivifica los opuestos:

[...] hubo sacrificios en masa, como los había en la Plaza Mayor, delante de los obispos de rey, cuando la Inquisición de España quemaba a los hombres vivos, con mucho lujo de leña y de procesión, y veían la quema las señoras madrileñas desde los balcones. La superstición y la ignorancia hacen bárbaros a los hombres en todos los pueblos. Y de los indios han dicho más de lo justo en estas cosas los españoles vencedores, que exageraban o inventaban los defectos de la raza vencida, para que la crueldad con la que la trataron pareciese justa y conveniente al mundo. (Martí, 1991b: 382)

Así como presenta el motivo de la barbarie en la cultura española, sin más justificación que la Inquisición, que no tuvo justificación, también logra establecer un paralelo entre la cultura latinoamericana y la europea en tanto que consigue nivelar el devenir cultural de cada una de las regiones. Véase:

Hay reyes como el chichimeca Netzahualpilli, que matan a sus hijos porque faltaron a la ley, lo mismo que dejó matar al suyo el romano Bruto; hay oradores que se levantan llorando, como el tlascalteca Xicotencatl, a rogar a su pueblo que no dejen entrar el español, como se levantó Demóstenes a rogar a los griegos que no dejasen entrar a Filipo [...] Hay sacrificios de jóvenes hermosas a los dioses invisibles del cielo, lo mismo que los hubo en Grecia, donde eran tantos a veces los sacrificios que no fue necesario hacer altar para la nueva ceremonia, porque el montón de cenizas de la última quema era tan alto que podían tender allí a las víctimas los sacrificadores (Martí, 1991b: 382)

Con aire irónico hace Martí un balance de las representaciones culturales, sobre todo al final del ejemplo se puede apreciar este tono en el que destaca la barbarie de los pueblos griegos que, tenidos milenariamente como una civilización cultural, magnífica y trascendental, tiene en sus páginas históricas un desacertado número de masacres, vejaciones, que han quedado detrás de toda esa cortina de erudición. No intenta negar el carácter bárbaro de algunas ofrendas religiosas de los indios americanos, eso lo deja bien claro en el anterior ejemplo, lo que intenta es hacer ver la posición errónea mantenida por los conquistadores españoles, cuya cultura formadora y civilizatoria, fue en sí, tan o más bárbara. Así mismo, la civilización del indio ha estado ligada a su pasión por el trabajo, su austeridad y la elección concienzuda de los medios esenciales para lograr el dominio de las habilidades manuales. Solo las fuertes labores pudieron construir las hermosas ciudades que poblaron el Continente, como esa hermosa Argentina que se encuentra Martí apreciando el pabellón de dicha ciudad en la exposición de París.

en que la patria del hombre nuevo de América convida al mundo lleno de asombro, a ver lo que puede hacer en pocos años un pueblo recién nacido que habla español, con la pasión por el trabajo y la libertad ¡con la pasión por el trabajo!: ¡mejor es morir abrasado por el sol que ir por el mundo, como una piedra viva, con los brazos cruzados! (Martí, 1991b)

Es América un continente de obreros, enfocados en el bienestar social, en la prosperidad de sus naciones, aun cuando en una región como la Argentina se estaban dando desacertados pasos gubernamentalmente, con respecto a la libre expresión del ciudadano argentino, y sobre todo de sus comunidades autóctonas, bajo la cara de la aniquilación y exterminio humanos.

Así como se enfoca en hablar del trabajo y dignificar las tareas redentoras del Continente, descubre en sus prácticas ociosas un camino de reflexión, conciliación y exaltación de la figura del indígena. En esta ocasión encuentra en juegos nuevos y viejos el motivo para representar costumbres formadoras, que ordenan y rigen el devenir de la vitalidad del continente. Aunque anteriormente hace alusión a otra raza, los negros, esta vez lo hace con una intención diferente a cuando se establecían paralelismos con los españoles. Reconoce en los negros una representación alterna del otro, subyugado, y desconocido culturalmente por el paso de los siglos. Del juego mexicano comenta:

Los indios de México tenían [...] esa misma danza del palo. Tenían juegos muy lindos los indios de México. Eran hombres muy finos y trabajadores, y no conocían la pólvora y las balas como los soldados del español Cortés, pero su ciudad era como de plata, y la plata misma la labraban como un encaje, con tanta delicadeza como en la mejor joyería. En sus juegos eran tan ligeros y originales como en sus trabajos. Esa danza del palo fue entre los indios una diversión de mucha agilidad y atrevimiento, porque se echaban desde lo alto del palo, que tenía unas veinte varas, y venían por el aire dando volteos y haciendo pruebas de gimnasio sin sujetarse, más que con la soga, que ellos tejían muy fina y fuerte, y llamaban metate. Dicen que estremecía ver aquel atrevimiento. (Martí, 1991c: 342)

Como mismo se hacía con las canoas de las ciudades mexicanas de «Las ruinas indias», la danza del palo pretende mostrar las capacidades del indio, su destreza, la aprehensión de los conocimientos necesarios para llevar a cabo la civilización de las ciudades, la pacificación de las mismas, en las que la plata no era más que elemento decorativo y de trabajo y no componente básico para la matanza. La fina y detallada elaboración de los instrumentos de trabajo, que más que para trabajar parecen obras de arte, así como los útiles para el juego son focos en este ensayo que, con la intención de representar una de las aristas de la vida común del hombre, logra realzar sus más dignas peculiaridades físicas y mentales. En este sentido de destacar la especialidad del indio americano se queda asombrado y sobrecogido por la representación de América en la Exposición de París. En su escrito del mismo nombre declara con ferviente adoración que son «los pabellones famosos de nuestras tierras de América, elegantes y ligeros como un guerrero indio... ¡Es bueno tener sangre nueva, sangre de pueblos que trabajan!» (Martí, 1991c).

Existe un pequeño instante para cada representación cultural americana, como la vista de ese viajero que pasa, y al detenerse unos instantes, puntualiza de manera certera cada uno de los detalles del pabellón. En el pabellón de México están «los últimos valientes,

Cacama, Cuitláhuac y Cuauhtémoc, que murieron en la pelea, o quemados en las parrillas, defendiendo de los conquistadores la independencia de su patria» (Martí, 1991c). El pabellón argentino que vivifica la laboriosidad de los hombres de los Andes, única vía para alcanzar el progreso que ha tenido la nación. Pormenoriza cada una de los intersticios de los anaqueles americanos, el de Bolivia «la hija de Bolívar», el de Ecuador, el de Venezuela, el de Nicaragua o El Salvador, hasta reflejar las peculiaridades de cada pabellón. Las zonas del continente americano que no habían tenido su representación en los anteriores textos de *La Edad de Oro* encuentran refugio en esta visita por la ciudad francesa, asimismo por la advertencia de Martí de seguirle la huella a los hombres de América, sus luchas, su fragua, su tradición, su historia.

«La exposición de París», por su carácter aglutinador, funge como el paraíso martiano de la representación de América. Se advierten, en un instante, todas las riquezas continentales, agrupadas en pabellones contiguos que resaltan a la vista del amante de los montes americanos, que son para Martí la cuna de su pensamiento, el resguardo de sus emociones, la forja de su pensamiento, el hospicio del hermano vecino.

### Consideraciones finales

Sin quitarse el polvo del camino tiene el estudioso que llegar al monumento de *La Edad de Oro*. Este libro, aparentemente para niños, fructifica como una lección para todas las generaciones de lectores que encuentren en la obra martiana el paradigma de todos los estudios latinoamericanos.

El lenguaje ameno, sustancioso, inclusivo, absorbente, docto, propone una nueva representación abarcadora de lo que se ha decidido asilar conceptualmente como el indígena americano, y que Martí engrandece y hace epicentro.

El héroe de estas entregas mensuales no es más que un sujeto marginado, y en una labor paulatinamente rectificadora elimina Martí esa segregación y lo realza como el más glorioso de los personajes latinoamericanos, fundador de una tradición de resistencia cultural anti-enajenante.

Las labores manuales, agrícolas, de orfebrería, los juegos, la arquitectura, son elementos de los que se vale el estudio martiano para poner de relieve los principales rasgos del indígena. La descripción detallada de estas técnicas de trabajo, la absolución ante las diferentes vías de conformación cultural, dígame su resistencia a la injerencia con la asimilación y apropiación de sus propios recursos naturales, que convierten en materia prima para la obra de arte, son algunos de los mecanismos que emplea para configurar al indio.

La oposición de caracteres, ya sea con el hombre español, o el paralelismo con el hombre africano, como figura marginada, pero altiva, robusta y orgullosa también son elementos esenciales, para, por medio de la inferencia, o la presentación explícita conformar la gran figura que es el indio americano.

## REFERENCIAS

- ALEMANY BAY, C. (2013). La narrativa sobre el indígena en América Latina: Fases, entrecruzamientos, derivaciones. *Acta literaria*, (47), 85-99.
- ARAUJO, K. (2010). Configuraciones de sujeto en la modernidad latinoamericana: el caso de Perú a inicios del siglo XX. *Revista chilena de literatura*, (76), 5-25.
- BEIGEL, F. (2001). Mariátegui y las antinomias del indigenismo. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 6(13), 36-57.
- GARRELS, E. (1997). Sobre indios, afroamericanos y los racismos de Sarmiento. *Revista Iberoamericana*, 63(178), 99-113.
- GUTIÉRREZ NÁJERA, M. (1990). La Edad de Oro de José Martí. *Revista Revolucionaria y Cultura*.
- GONZÁLEZ, D. G. (2008). Un asunto tenebroso. La construcción del sujeto literario en Roberto Bolaño. In *Anales de literatura chilena* N.º 10. Pontificia Universidad Católica de Chile, Centro de Estudios de Literatura Chilena.
- LANDA, J. (2005). Reivindicación del gusto: sujeto, experiencia estética y recepción literaria. *Signos filosóficos*, 7(14), 45-71.
- BEGRICH, A. (2007). El encuentro con el otro según la ética de Levinas. *Teología y cultura*, 4(7), 71-10.
- MARTÍ, J. (1889). Carta a Manuel Mercado 3 de agosto de 1889, *Obras Completas*, vol. 20. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- MARTÍ, J. (1991a). La historia del hombre contada por sus casas. *Obras Completas*, vol. 18. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 359-362.
- MARTÍ, J. (1991b). Las ruinas indias, en *Obras completas* 18, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 380-389.
- MARTÍ, J. (1991c). Un juego nuevo y otros viejos en *Obras Completas* vol. 18. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 337-343.
- MONTES DE OCA, A. (2010). Sujeto y narración: algunos recorridos en la Utopía Copi. *Mora (Buenos Aires)* 16(2). En: <http://biblioteca.versila.com/51562341/sujeto-y-narracion-algunos-recorridos-en-la-utopia-copi>
- MONTES DE OCA, A. (2002). La implicación del sujeto en la literatura. *Tramas. Subjetividad y procesos sociales*, (18/19), 285-294.
- RODRÍGUEZ CARUCCI, A. (1993). La imagen del indígena americano en dos textos de Martí. *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, vol.16, 160-170.
- SCARANO, M. E. (1991). La producción literaria de Sarmiento como metatexto cultural: el concepto de cultura americana, *Inter-American Review of Bibliography*, 224-232.

## DATOS DE LA AUTORA

**Dailet Naila Soriano García.** Licenciada en Letras por la Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas (UCLV). Profesora asistente del Departamento de Lingüística y Literatura de la Facultad de Humanidades (UCLV).



Este texto se distribuye bajo una licencia Creative Commons  
Reconocimiento-NoComercial 4.0 Licencia Internacional.

ISSN: 0042-1547 (papel) ISSN: 1997-6720 (digital)

<http://islas.uclv.edu.cu>